

Peter Plate

Ángeles exterminadores

Traducción de Alejandro Palomas

Ediciones Siruela

para jimmy y donald

Capítulo uno

A última hora de una tarde de junio, cuando el viento tenía más dientes que la boca de un tiburón, un policía fue abatido a tiros en la esquina de Mission y Twentieth Street.

Una bala le bailoteó en la cabeza mientras estaba de pie bajo el marco de una puerta. Cuando todos los ojos se volvieron para ver cómo su cuerpo caía al suelo ya era demasiado tarde para ver nada.

El asesinato de un poli no era ninguna tontería. Al día siguiente, una multitud de salvadoreños en paro se agruparon delante de Hunt's Donuts para mirar las manchas de sangre en el lugar del crimen. Un sin techo que empujaba un carro de supermercado lleno de latas de cerveza y botellas de refrescos pasó junto a ellos y gritó:

—¡Han matado a un poli! ¡Dios lo ha reclamado en sacrificio!

Entre los salvadoreños había un criminal de medio pelo llamado Ricky Durrutti. A Durrutti no le hizo ninguna gracia lo que acababa de oír. Más gente de la que podía recordar había sido eliminada en Mission Street y Dios no tenía nada que ver con ello. La mala suerte se había llevado bajo tierra a enemigos y amigos por igual. La muerte del poli asustó a Durrutti aunque él nada tuviera que ver con lo ocurrido.

A Durrutti le molestaban los polis, incluso los muertos. Había fantasmas por todas partes y los de los polis asesina-

dos eran los peores. Su rostro macilento y vivaz vio impasible pasar de lado a un hatajo de niñas vestidas de verano, con vaqueros sin marca y tops ceñidos con los hombros al descubierto, hacia la tienda de discos Ritmo Latino. Durrutti miró las manchas secas de sangre en la acera y luego volvió la vista hacia el otro lado de la calle. En uno de cada tres escaparates de la manzana se veían los neones de una casa de empeño con las vitrinas llenas de armas, un videoclub hispano o una mortecina bodega tan llena de yonquis que ni con un palo hubiera podido atravesarla. Las palmeras de más de treinta metros de altura se agitaban beodamente entre la niebla. Las aceras estaban llenas de vendedores nicaragüenses de almohadas, indigentes borrachos, chulos con chaquetas negras de piel y hondureñas vendiendo bolsas de naranjas de dos kilos.

Durrutti llevaba en el bolsillo de la chaqueta una carta del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. Se trataba de una carta escrita a mano y sin firmar en la que su presencia era requerida con urgencia. Había leído una y otra vez la misiva intentando encontrar en ella una pista que no se presentó; la carta estaba hecha trizas. No sabía lo que querían de él los federales y no tenía muchas ganas de ir al centro de la ciudad a averiguarlo.

—Mecagüen —murmuró. Y luego—: A la mierda. Iré a verles. Ya me las apañaré.

El Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego estaba situado en el Federal Building, una torre de veinte pisos de cristal y acero estilo años sesenta de pornográfica arquitectura, ubicada junto a Golden Gate Avenue. El modo de vestir definía a la gente que trabajaba en ella. Los polis —de los que había mucha más variedad de lo que cualquiera hubiera podido imaginar: la policía local, la estatal y la federal, cada cuerpo con su propio e idiosincrásico sentido de la moda— usaban una aberrante gama de ropa casual tipo Gap. Los abogados —los que llevaban los casos de los criminales

de clase alta— vestían trajes de tres piezas comprados en las tiendas de Union Square. Las mujeres llevaban zapatos de tacón alto rescatados de la sección de oportunidades de K-Mart. Y todos lucían peinados inventados por el departamento de policía de Los Angeles.

El primer poli con el que se topó Durrutti cuando entró en la oficina del Departamento era un auténtico bellezón. Un gordo caucásico de cincuenta años con pantalones de pana gorda y una discotequera camisa de rayón de solapa ancha años setenta. Por la forma en que estaba pegado a su escritorio, rodeado de una sobredosis de muebles militares —unos archivadores de color gris metálico hacían guardia junto a un par de sucias ventanas—, cualquiera hubiera dicho que el policía llevaba mil años allí sentado. Llevaba un caro bisoñé de color amarillo algodón de azúcar plantificado sobre la cabeza. Su rostro blanquecino estaba lleno de agujeros y la luz del fluorescente resaltaba las señales que había dejado grabadas en su piel toda una vida de acné. Sus manos grandes, callosas y llenas de verrugas, descansaban sobre un montón de papeles. La tarjeta que tenía enganchada a la camisa le identificaba como el agente Elroy Kulak.

Durrutti llevaba toda la vida esperando este momento. Era pura predestinación. Sin embargo, llegada la hora de enfrentarse a su destino, se dio cuenta de que estaba asustado. Le tenía miedo a la policía y se tenía miedo a sí mismo, y era lo suficientemente inteligente para disimularlo. El terror era en él un lago de violencia sin fondo. Su voz de barítono, enronquecida por los dos paquetes diarios de Marlboro, no desveló el menor indicio de la angustia que sentía.

—He recibido una carta en la que me piden que me pase por aquí. Parece importante.

Su biografía era compacta y breve, pero no así su largo listado de antecedentes penales. Ricky Durrutti se encontraba en la más extraña de las encrucijadas. Había vivido lo suficiente para cometer muchos errores, aunque no lo bastante para enmendar ninguno de ellos, y el volumen de errores acumulados estaba empezando a formar arenas movedizas

bajo sus pies. Tenía treinta y cinco años y un sustancial historial delictivo. Su lista de acusaciones era un batiburrillo de penas por infracciones relacionadas con armas de fuego aliñadas con delitos de hurto –el último lío en el que se había metido había sido robar unos calcetines en Macy’s y haber sido pillado con ellos dentro de los pantalones–. Su padre había muerto joven de tuberculosis, enfermedad que contrajo en la penitenciaría. Su esposa le siguió poco después. Durrutti heredó del viejo una mandíbula afilada y morena y un don para meterse en líos. De su madre había heredado la miopía, una barbilla belicosa y una frente abundante y suave como la porcelana. Para recordar a sus padres, Durrutti iba a poner flores en su tumba todos los años en el día de su aniversario.

Dedicó al poli una mirada sombría, entrecerrando un ojo marrón, el único que todavía le funcionaba razonablemente bien, y dijo:

–Me llaman Ricky Durrutti.

Kulak prestó oído –un muñón deforme de piel rosácea– al visitante, no demasiado seguro de haber oído bien.

–¿Durrutti?

–Eso es... Ricky Durrutti. ¿Puedo sentarme o qué?

El federal vaciló, haciéndole esperar, torturándole con ese flagrante amor de poli por prolongar un instante hasta que éste ha dejado de tener sentido. Luego dijo con aire cansado:

–Coge una silla.

Bajo las luces de la oficina, la cara de piel basta de Kulak era amarilla, rosa y roja. Estaba cubierta de bultos, desigual y plagada de cortes de la maquinilla de afeitar y de pelos incrustados. En suma, el sueño de cualquier dermatólogo. Kulak sacó una carpeta de su escritorio y dedicó a Durrutti una sonrisa corrosiva. Cuando un poli sonreía, era garantía de que había un alto precio por pagar, un impuesto que eliminaría varios años de la vida de uno. La sonrisa de Kulak estaba ornamentada por varios dientes ausentes. Clavó sus arios ojos azules en los zapatos sucios de Durrutti, ladeó la

cabeza con un ademán ostentoso y dijo con voz monótona:

—Aquí dice que le vendiste un revolver a un tal señor Jimmy Ramirez. ¿Es eso cierto?

Durrutti tragó con dificultad. El corazón le dio un vuelco y se le detuvo en el pecho durante unos segundos. De vez en cuando le hacía algún favor a alguien. El altruismo era en él algo natural. La generosidad, automática. Era bueno ser generoso con los amigos. Fomentaba la empatía y el respeto mutuo, verdadero vínculo de unión entre hombres. Un hombre se siente más unido a otro cuando ha intercambiado un arma con él. Durrutti tenía un revólver que no quería y se lo regaló a Jimmy por Navidad. Pensó con rapidez y ofreció al poli una muestra de doble sentido.

—¿Conque era eso? ¿Por qué no me lo dijeron en la maldita carta? Así no habría tenido que venir hasta aquí y pasar por todo esto.

El federal no picó. Los agentes del orden odian la ignorancia fingida. Se huelen a kilómetros cuando uno disimula, actitud que actúa en ellos como estimulante. Flipan con las mentiras.

—Y no conozco a ningún Jimmy Ramirez. Podría haberse-lo dicho por teléfono.

A Kulak se le dilataron los ojos y su sonrisa se volvió aún más dentada. Luego frunció el ceño generosamente.

—¿No?

Durrutti enmascaró su incomodidad.

—Para nada. No le conozco.

Kulak asintió y tiró el informe sobre el escritorio.

—Claro que no. No sabes nada. Eres un imbécil. Un molusco —hizo una pausa para hurgarse la nariz, sin que le importara la presencia del otro hombre. Luego dijo—: ¿Puedes decirme por qué a la pistola que terminó en manos de Jimmy Ramirez le habían borrado los números de serie?

La respuesta era simple. Una obra maestra de la simplicidad. Durrutti se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y perdió la mirada más allá del bisoñe de Kulak. Había planeado usar la pistola para atracar un banco, un

banco grande, alguno del centro, nada que pudiera herir al hombrecillo de la calle. Por si el trabajo salía mal, había borrado los números de serie del arma para dificultar su identificación. Era un procedimiento elemental. Nada del otro mundo. Cuando hubo completado la tarea, la idea del atraco había perdido fuerza –los bancos no eran su fuerte– y se había deshecho del arma regalándosela a Jimmy.

Decidió reservarse los pormenores de la situación y, con el descaro de una rata a la que acabaran de pillar con un trozo de queso en la boca, le dijo a Kulak:

–No sé de qué me habla.

El corpulento federal cogió un lápiz del escritorio y lo chupeteó, dándole un buen mordisco a la goma. Luego, intentando ser de alguna ayuda, dijo:

–Muy bien. Le diste un arma a Jimmy Ramirez. Ramirez es un criminal. ¿Sabías que Jimmy Ramirez cumplió condena en Corcoran por homicidio?

Durrutti mantenía una política de *laissez-faire* con la vida de los demás. El chismorreó era letal: no sólo perjudicaba al espíritu sino que podía hacer que te mataran. Si alguien había cumplido condena en el sistema penitenciario de California, eso no era asunto suyo. No metía las narices en ese tipo de cosas. Ésa era una de las razones de que siguiera vivo. Vivo y aterrado.

–No, demonios –cacareó–. No tenía ni idea. No sé nada de ninguna pistola. Ni del tipo ese del que habla...

Kulak habló a la vez que Durrutti, como si estuviera conversando consigo mismo después de haber empezado a pensar en silencio.

–En algún lugar, alguien borró los números de serie del arma. No necesito decirte que eso constituye un delito grave.

Como si Durrutti no lo supiera. Sabía leer. Conocía el código penal. Aquel asunto rezumaba una sentencia de diez años comiendo bocadillos de mortadela barata para desayuno, almuerzo y cena en la prisión de Folsom State. Pero lo único que dijo, midiendo las palabras hasta hacer que sonaran inofensivas, fue:

—¿Han hablado con el tal Jimmy Ramirez? ¿Qué les ha dicho?

Kulak se frotó las pecosas sienes con la punta de los dedos, dándoles un suave masaje.

—Nos pusimos en contacto con el señor Ramirez después de que llevara el revólver a una armería para que volvieran a pavonárselo. El dueño de la tienda nos llamó cuando se dio cuenta del problema.

A Durrutti le había llevado casi todo un día borrar los números de serie con un juego de limas. Un trabajo así no era cosa de aficionados y había hecho una labor excelente. Se había sentido orgulloso de su destreza y también de su diligencia. Le dijo a Kulak:

—Lo siento. Nunca le di un arma a ese tipo. No sé de qué va esto.

El ambiente en la oficina seguía siendo cortés, en absoluto pesado. Las vibraciones que recorrían la sala estaban más o menos controladas. No había ninguna necesidad de que pidiera un abogado, al menos no todavía. Kulak sabía que mentía. Durrutti podía oírlo en la voz del poli, en cómo construía las preguntas, en el tono cansado de su voz al hacerlas, en cómo el peso de las preguntas le iban hundiendo poco a poco. Sentía un placer infantil en provocar al policía.

—¿No ha tenido noticias del señor Ramirez últimamente?

—¿Cómo quiere que haya sabido nada de él? Escuche, tiene que entender esto: para mí ese tipo es un perfecto desconocido. Aunque durmiéramos en la misma cama no le conocería.

Kulak no se había enamorado de su respuesta.

—¿No ha hablado con él del arma?

—No, claro que no. Ni ahora ni nunca. Podría cruzármelo por la calle y no le reconocería. No sé nada de todo esto.

El arma en cuestión era un revólver Smith and Wesson del calibre 32 que Durrutti le había comprado por sesenta y cinco dólares a un guardia de seguridad de Wackenhut Corporation, que la había utilizado para matar patos salvajes en el Stow Lake de Golden Gate Park. El revólver tenía cierta

tendencia a virar un par de centímetros a la derecha cuando disparabas con él, de modo que no era un arma precisa. Durrutti nunca la había usado. Las armas eran una idea apetecible, pero tener una cerca le crispaba los nervios. Le tentaba demasiado utilizarla.

—Según el informe, hay otro problema.

Al oír la sequedad y la seguridad con la que habló Kulak, a Durrutti se le puso la piel de gallina, pero no mordió el anzuelo. La estructura ósea de niño de barrio delicado y sensible de su rostro se mantuvo ártica mientras Kulak le hacía partícipe de un nuevo retazo de rumores. Todo lo que dijera un policía era siempre de oídas, una versión fotocopiada de la verdad. Algo de lo que había que creer sólo la mitad.

—Cuando Jimmy Ramirez fue a buscar la pistola a la armería dijo que se la habían robado. Nos dio el nombre de la persona que él cree que lo hizo. Estamos muy interesados en hablar con ese individuo. El hombre que se llevó la pistola ha sido identificado por la policía como el supuesto autor de un homicidio.

La curiosidad de Durrutti era infame y provocó pequeños espasmos en su instinto de autodefensa. Le hizo locuaz.

—¿Me toma el pelo? ¿A quién mató ese tipo?

La respuesta de Kulak fue igual de simple.

—A un oficial de policía.

—¿Cuándo?

—Muy recientemente.

—¿Se refiere al poli que mataron de un tiro en Mission Street?

—Exacto.

—¿Con un arma que pertenece al tal Jimmy Ramirez?

—Es posible.

—¿Y quién es el asesino?

—Un mierda llamado Paul Stevens.

Durrutti casi se desmayó al oír ese nombre. Empezó a notar un hormigueo en la yema de los dedos. Se le durmió el pie izquierdo. Una afilada punzada de paranoia se le clavó en las tripas y un espantoso espasmo le recorrió el colon.

Paul Stevens era un tipo al que conocía y que había muerto hacía tres años en el hotel All-Star de Sixteenth Street. Complicaciones a causa del sida después de varios ingresos en el hospital. Durrutti no le dijo nada de eso a Kulak. Si los federales buscaban a un hombre muerto, no iba a ser él quien les detuviera. Dijo en tono alegre:

–Nunca he oído hablar de ese tipo.

Kulak le presionó.

–¿No le conoces? Intentó matar a otro policía hace unos años. Eso le convierte en nuestro sospechoso número uno.

–No. No le he visto en mi vida. Nunca he oído hablar de esos tipos.

–¿Estás seguro?

–Seguro. Segurísimo.

Durrutti se calló y pensó en lo que estaba diciendo. Por negarse a hablar, Kulak podía arrestarle por obstrucción a la justicia. Tenía que andarse con pies de plomo y vigilar hasta qué punto se estaba negando a colaborar con el poli. Lo de ir a parar a la cárcel era una posibilidad que no quería contemplar. La idea hizo que los cojones se le encogieran en la bolsa testicular. Lo que Kulak le hizo a continuación fue aún peor.

–Dejémoslo aquí –dijo–. Ya tengo lo que quería. Puedes irte.

Durrutti se quedó estupefacto. Estaba empezando a encontrarse cómodo en la rutina del interrogatorio y en la forma en que el miedo fluía de él a Kulak, como si le estuviera haciendo una transfusión de sangre al poli. Estaba empezando a sentir adicción por la lógica de responder a las preguntas con mentiras. No estaba preparado para irse y protestó, mostrándose reticente a levantarse.

–¿Ya ha terminado de hablar conmigo? Genial. ¿Y ahora qué hago?

–Esperar.

–¿Esperar? ¿A qué?

Kulak le clavó a la silla con una mirada que podría haberle cortado el cuello a un hombre de oreja a oreja, una

mirada que le hizo saber que su viaje con la ley acababa de empezar. Era cómplice del asesinato de un oficial de policía. El ánimo de Durrutti le fue a parar a los calcetines. Su vida entera había cambiado. Se dijo «A tomar por culo», y salió de la oficina del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.